

Katarzyna i Michał Gierycz
padre Piotr Mazurkiewicz

Misión de los laicos

La palabra “láico” a menudo la utilizamos para referirnos a algo que carece de carácter religioso o incluso es hostil a la religión. En la Iglesia esta palabra tiene un significado diferente.

Los laicos son fieles cristianos que no pertenecen al estado clerical ni religioso, cuya vocación es obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (LG 31). En el lenguaje de la Iglesia, laicidad es, por tanto, sinónimo de piedad y de compromiso para garantizar que “se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo” (AA 2). Laico es aquel que, a ejemplo de Cristo, es profeta, sacerdote y rey, y su tarea propia es luchar por la santidad, transformando el mundo según la voluntad de Dios y anunciando el Evangelio (ChL 14). Los laicos, al igual que el clero, están, por tanto, llamados -mediante el bautismo y la confirmación- a participar en la misión de Cristo.

Los laicos, los sacerdotes y religiosos, constituyen el único Pueblo de Dios (ChL 28). Esta importante declaración del concilio frenó la tentación de identificar a la Iglesia con la jerarquía. Hoy en día, sin embargo, se está desarrollando la tentación contraria. Incluso en los documentos sinodales, el Pueblo de Dios a veces se identifica erróneamente exclusivamente con los laicos, excluyendo y por así decirlo, oponiéndolo al Papa, a los obispos y a los sacerdotes. Se trata de una amenaza diferente, pero no menos grave, a la identidad de la Iglesia.

Decir que “el Pueblo de Dios” desea algo y dirigir estas expectativas a la jerarquía como un “elemento ajeno” procede probablemente de confundir el sentido teológico de la palabra “pueblo” con su significado político dentro de la teoría de la democracia. Mientras tanto, el Pueblo de Dios incluye a todos los fieles, independientemente de su estado de vida. La misión de los laicos y del clero es la misma, aunque la forma de implementarla sea diferente.

La vida laical del Evangelio

Una manera específicamente laica de implementar esta misión es dar testimonio de Jesús con el ejemplo y la palabra pronunciada en las circunstancias de la vida cotidiana (EN 70). El ámbito natural de actividad de los laicos -a diferencia del clero- no es el templo, sino el hogar familiar, la oficina, la tienda, la universidad, la fábrica, la política, los medios de comunicación o las artes. Los espacios “seculares” deben ser transformados por los fieles, que, a partir de su competencia profesional y de su contacto interior con Dios, puedan descubrir nuevas posibilidades de acción.

Un lugar especial en el mapa de los “espacios seculares” lo ocupan el matrimonio y la familia, que constituyen “el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos” (ChL 40). Especialmente en la actual situación socio-cultural, descrita por san Juan Pablo II como la “apostasía del hombre autosuficiente” o la “cultura de la muerte”, la preocupación por el desarrollo del amor fiel de los cónyuges y la transmisión de la fe y del estilo de vida cristiano a los niños y jóvenes figuran entre las tareas prioritarias de toda la Iglesia.

Por supuesto, el “mundo” ampliamente entendido no es el área exclusiva de las misiones laicas, así como el templo no es el área exclusiva de la actividad de los sacerdotes. Es difícil imaginar, por ejemplo, las clases de religión en las escuelas o el funcionamiento de muchos movimientos y asociaciones católicas sin laicos. Sin embargo, la tarea de los laicos es anunciar el Reino transformando este mundo, y la tarea del clero es hacer presente el Reino que “no es de aquí”.

Complementariedad o clericalización

Para que un laico sea un especialista en su profesión, el sacerdote no debe ser tanto un “experto en economía, en construcción o en política” sino “testigo de la sabiduría eterna, contenida en la palabra revelada” (Benedicto XV, 25 de mayo). A través del ministerio de los sacerdotes (celebración de los sacramentos, predicación), los fieles laicos reciben de Dios fuerza y ayuda para llevar a cabo la tarea que les ha sido confiada. Por tanto, el ministerio sacerdotal bien ejercido ayuda a los laicos a estar en el mundo como el alma está en el cuerpo: están inmersos en el Misterio y al mismo tiempo incorporados a la sociedad, como fermento que transforma el mundo desde dentro (cf.

LG 31). Esto pone de manifiesto que en la Iglesia la diversidad de ministerios sirve a una única misión (cf. DA 2).

La cooperación de los laicos y del clero fue apreciada por muchas comunidades y movimientos de renovación de la Iglesia y contribuyó al desarrollo de la pastoral de los matrimonios, de los empresarios, etc., y finalmente del movimiento de la Nueva Evangelización. Sin embargo, parece que todavía no se ha descubierto plenamente en la Iglesia jerárquica, donde las tareas seculares, por ejemplo en las oficinas curiales, son desempeñadas principalmente por el clero.

Desgraciadamente, el concepto de una participación más amplia de los laicos en las estructuras eclesiales, promovido en el debate sinodal, no es en muchos casos tanto un contrapeso a la “secularización del clero” sino una forma de “clericalización de los laicos”. Aumenta así el riesgo de crear en la Iglesia una estructura “paralela a la fundada en el sacramento del Orden” (ChL 23). Esto se deriva de la convicción errónea de que sólo lo que resulta del sacramento del Orden Sagrado es digno y valioso en la Iglesia; que el laico sólo será valorado si accede a las mismas prerrogativas que los sacerdotes y los obispos. Aquí estamos ante una confusión de conceptos: la categoría teológica de “servicio” se sustituye por la categoría sociológica de “élite”, y la perspectiva vertical de la salvación y la santidad queda oscurecida por la perspectiva horizontal del poder. Centrarse en el poder y el oficio, más que en la naturaleza ministerial del sacerdocio, puede conducir no sólo al clericalismo, sino también a la clericalización de los laicos con el pretexto de promover el laicado.

Santos y santificadores

Todos los bautizados están llamados a la santidad (LG 39), mediante la cual “suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena” (LG 40). Por desgracia, también en la Iglesia muchas personas se han acostumbrado a una vida de mediocridad y tibieza. A veces, incluso, la santidad se ha considerado inalcanzable y el mero recordarla se consideraba vejatorio o francamente inmoral. Los intentos de desacreditar a los santos, como la Madre Teresa de Calcuta o Juan Pablo II, van acompañados de una distorsión de la imagen de los católicos. Del mismo modo que los medios de comunicación lograron crear una imagen de un sacerdote como un pederasta potencial, también han conseguido crear una imagen de un laico como divorciado que pretende abandonar la Iglesia a la menor oportunidad. Estos fenómenos provocan a veces entre los católicos desánimo y una especie de complejo de inferioridad con respecto a los que ya han “roto con la hipocresía” y han rebajado sus normas morales.

La santidad siempre ha irritado a los adversarios de la Iglesia. Por un lado, un ejemplo concreto de vida santa deslegitima la “leyenda negra” sobre la Iglesia. Por otro lado, los laicos corruptos, al igual que los sacerdotes inmorales, son fáciles de manipular. No es casualidad que un número significativo de clérigos que cometieron abusos sexuales en el pasado fueran también reclutados por los servicios de inteligencia comunistas. Los laicos inmorales también son fáciles de manipular desde el exterior, por ejemplo, utilizándolos como grupos de presión contra los obispos para cambiar la enseñanza y la disciplina eclesial. La Iglesia necesita la competencia de los laicos en ámbitos seculares, pero también el testimonio de la integridad de sus vidas. Necesita católicos santos y santificadores.

Defensa de la ortodoxia

S. Juan Pablo II escribía sobre “la *confusión*, creada en la conciencia de numerosos fieles por la divergencia de opiniones y enseñanzas en la teología, en la predicación, en la catequesis en la dirección espiritual, — *sobre cuestiones graves y delicadas de la moral Cristiana*” (RP 18). Al mismo tiempo, enseñó que los fieles no están condenados a revolcarse en el caos teológico, aunque este se extienda por toda la Iglesia. Al contrario, gracias a la oración constante, a la participación activa en la Eucaristía, al acceso regular al sacramento de la reconciliación y al uso de los carismas recibidos del Espíritu Santo, los laicos desarrollan el sentido de la fe (*sensus fidei*) y, por tanto, también la capacidad de distinguir entre la enseñanza ortodoxa de las heterodoxa. En la historia ha habido momentos de crisis en los que “la fe no se ha conservado por los esfuerzos de los teólogos o mediante la enseñanza de la mayoría de los obispos, si no en los corazones de los creyentes” (Comisión Teológica Internacional, “*Sensus fidei en la vida de la Iglesia*”, 119). También los laicos, incluso los que no tienen formación teológica pero viven de la fe, tienen una responsabilidad en la

ortodoxia de la enseñanza de la Iglesia y en su fidelidad a Jesús. “Todos los fieles tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestar a los demás fieles” (CDC, can. 212, § 3). En otras palabras, los fieles laicos en virtud del *sensus fidei*, deberían oponerse incluso al obispo si éste predica “novedades” heterodoxas (“*Sensus fidei en la vida de la Iglesia*”, 63).

Katarzyna y Michał Gierycz llevan 20 años casados, son padres de cinco hijos, y fueron responsables de la Comunidad Emmanuel en Polonia de 2013 a 2018.

Padre Piotr Mazurkiewicz, sacerdote de la archidiócesis de Varsovia, profesor de ciencias sociales en la Universidad del Cardenal Stefan Wyszyński de Varsovia.